



Entrevista a Chantal Mouffe

Interview with Chantal Mouffe

Filósofa belga. Especialista en Teoría Política. Profesora de Teoría Política en el Centre for the Study of Democracy en la University of Westminster en Londres. Ha sido profesora en varias Universidades de los Estados Unidos, Europa y América Latina. Escritora y editora de varias obras de relevancia indiscutible para reflexionar desde su perspectiva agonística en torno a ciertas problemáticas de la contemporaneidad.

“(…) en relación a América Latina, yo diría que la situación es distinta en la medida en la que los gobiernos nacionales-populares de los países de América del sur han posibilitado avances mucho más grandes que en Europa en la tarea de desafiar al neoliberalismo. Creo que todavía no han logrado vencerlo, pero sí se ha manifestado abiertamente la voluntad de desafiarlo (…)”

Por Giuliana Mezza* y Cristina Ruiz del Ferrier**

Fecha de Recepción: 24 de octubre de 2015.

Fecha de Aceptación: 11 de abril de 2016.

* Giuliana Mezza es Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente cursa la Carrera de Especialización en problemáticas sociales infanto-juveniles en la Facultad de Derecho de la UBA. Se desempeña como docente universitaria en la asignatura Ciencia Política del CBC de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y es titular de la cátedra “Ética y Deontología Profesional” en el Instituto Superior ISEFI “Hugo Quinn”. Correo electrónico: giuliana.mezza@gmail.com

** Cristina Ruiz del Ferrier es Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctoranda en Ciencias Sociales en la UBA. Dicta clases de posgrado en el Seminario de Pensamiento Político Posfundacional en la Maestría de Comunicación y Cultura en la UBA. Dicta clases de posgrado en la UBA y en FLACSO Argentina. Asimismo, se desempeña como Docente universitaria en la asignatura Teoría Política Contemporánea, Cátedra García Delgado, en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y de la asignatura Ciencia Política, Cátedra Forster, del CBC en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Correo electrónico: cruiz@flacso.org.ar

Giuliana Mezza-Cristina Ruiz del Ferrier: -Nos gustaría preguntarle por las condiciones de posibilidad de la democracia para un mundo agonista multipolar como las analiza en su último libro *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Si bien su teoría agonista fue elaborada para el contexto de un régimen político específico, la democracia liberal pluralista, y a partir de las objeciones que Usted realiza a la visión cosmopolita, ¿cuáles son las implicancias de considerar lo político en su dimensión antagonica aceptando el mundo contemporáneo no como un universo, sino como un pluriverso?

Chantal Mouffe: -Bueno, mi objetivo al elaborarlo fue presentar un modelo distinto de cómo teníamos que imaginar el papel de las instituciones principales de la democracia. Pero eso, en realidad, se inscribe en un proceso de reflexión que ha empezado con el libro que escribimos juntos con Ernesto Laclau, *Hegemonía y Estrategia Socialista*. En ese libro, la pregunta que nosotros nos planteábamos era cómo se podía incorporar a un proyecto emancipatorio una serie de demandas que no se formulaban en términos de clase, porque la manera tradicional de entender el socialismo está ligada a los intereses de la clase obrera, y evidentemente pensamos que esa dimensión es relevante pero que había una cantidad de movimientos nuevos, como por ejemplo el feminismo, la lucha por la igualdad sexual, la lucha anti-racista, las cuestiones del medio ambiente que lógicamente también eran importantes. Porque para poder entender la naturaleza y la importancia de las demandas se necesitaba toda una reflexión teórica; una reflexión teórica que permitiera justamente entender que las identidades políticas –aunque no únicamente políticas– no son cosas que están dadas, que están en la naturaleza, sino que es algo que se va construyendo discursivamente.

G.M. - C.R.F.: -En varias oportunidades, tanto Usted como Ernesto Laclau han definido la categoría de discurso, que junto a las categorías de hegemonía y antagonismo, resultan centrales para pensar la democracia contemporánea. Permítanos preguntarle qué entiende por "discurso" –categoría central de la Teoría de las Identidades Políticas–

y cómo este se vincula a una serie de prácticas materiales, es decir, a prácticas políticas concretas.

C. M.: -En principio es importante no entenderlo únicamente en el sentido lingüístico, porque el discurso también implica una serie de prácticas materiales. En realidad, el objetivo de este planteo era construir una teoría llamada antiessentialista, porque nuestro diagnóstico era que la incapacidad de entender esas nuevas formas de lucha que estaban emergiendo radicaba justamente en adoptar una perspectiva esencialista y particularmente, en este caso, un esencialismo de clase, que implica reducir toda identidad a la idea de clase y que entiende que son las relaciones de producción las que determinan la conciencia política. Nosotros pusimos eso en cuestión y desarrollamos una concepción no esencialista en la que las identidades no se postulan como dadas, sino que se van construyendo discursivamente, lo que a su vez permite imaginar que la política es la práctica de crear y transformar identidades. Bueno, esto es una parte importante de la reforma teórica que está realmente en el origen de nuestra teoría. En realidad, el libro *Hegemonía y estrategia socialista* tiene dos aspectos fundamentales: un aspecto particularmente teórico y un aspecto político que, a partir de ese análisis, se propone reformular el proyecto emancipatorio, socialista. Reflexionando en esa línea, nos dijimos: "Hay que pensarlo en términos de radicalización de la democracia y qué tipo de democracia". El tipo de democracia que tiene que corresponder a una lucha emancipatoria es una democracia radical y plural, pero en un sentido muy particular. Hoy rigen en las sociedades democráticas ciertos ideales –libertad e igualdad para todos–, que son en realidad ideales que hay que sostener, pero que muchas veces no son puestos en práctica. Consideramos que no se trata de hacer una revolución para acabar de manera radical con el orden existente y crear otro; que la democracia radical no es una forma de democracia que sea completamente distinta de la democracia pluralista, sino que es una radicalización de la democracia pluralista; eso me parece muy importante:

una radicalización de la democracia. Y también se liga a un tercer elemento en nuestra propuesta que es fundamental; el concepto de hegemonía, porque la especificidad de *Hegemonía y Estrategia Socialista* es que hemos desarrollado juntos toda una reflexión no esencialista que viene del post-estructuralismo, pero retomando la obra de Antonio Gramsci. En esa época había otras teorías que se le perdían al conceptualismo pero no lo hacían como lo hicimos nosotros desde la obra de Gramsci, de la que nosotros tomamos principalmente la idea de hegemonía entendiendo que no hay un orden natural, que este orden es construido discursivamente y también de manera hegemónica; es decir que siempre es una particular configuración de relaciones de poder, de relaciones de poder que habrían podido ser otras. El concepto de importancia para nosotros es el factor de la contingencia: no hay necesidad, no hay ninguna ley de la historia que indique que las cosas se desarrollen en un sentido de modo necesario. Entonces, una hegemonía es siempre producto de prácticas políticas que son hegemónicas, que van justamente a construir ciertos tipos de sujetos, ciertos tipos de relaciones de poder, ciertas instituciones, pero que existen al mismo tiempo también otras alternativas; alternativas que pueden ser reactivadas, y por lo tanto la lucha política es justamente una lucha respecto de cuál va a ser el orden hegemónico que se va a imponer o se va a establecer. En este sentido, cuando hablamos de radicalización de la democracia hablamos también de la transformación del orden hegemónico. No de una ruptura radical en la cual se construye todo de nuevo sino de una transición, lo que nosotros llamamos “*un proceso de desarticulación-rearticulación de las instituciones*” en un sentido distinto. Bueno, esa entonces es la idea central de *Hegemonía*. Después de haber terminado el libro, lo que empecé a preguntarme es: ¿cómo hay que concebir las instituciones de la democracia para que sea posible esa lucha hegemónica para la radicalización de la democracia? Y fue cuando empecé a interesarme en cómo abordan el tema tanto desde la Ciencia

Política como desde la Teoría Política cuando se preguntan: ¿qué es la democracia? Y entonces me di cuenta de que había en realidad dos modelos fundamentales: *el modelo agregativo* que es el que domina en las Ciencias Sociales y particularmente en el campo de la Ciencia Política, para el cual básicamente en el campo de la política los individuos buscan la promoción de su interés propio, por lo que habiendo una cantidad dada de intereses, lo que hay que hacer es encontrar una manera de agregarlos para tomar decisiones. Vale decir que es una visión muy instrumentalista de la política. Y en reacción a ese modelo se desarrolló otro que se llama *el modelo de la democracia deliberativa*, representado principalmente por John Rawls, por Jürgen Habermas y que plantea: “*No, hay mucho más que el interés en la democracia*”. Es decir, hay toda una dimensión normativa; la cuestión del bien común cuando uno actúa a nivel político que introduce una noción que uno no encuentra en el modelo agregativo; la noción de ciudadano. Es el ciudadano el que piensa en función del bien común y que justamente va a actuar en función del bien común. Existen en suma estos dos modelos. Pero yo, en realidad, no estaba satisfecha con esas perspectivas porque me parecía que en ninguno de los dos casos, por ejemplo, estaba presente ni el concepto de hegemonía ni tampoco un concepto al cual yo no he hecho referencia aún, que también es importante para *Hegemonía*, que es el concepto de antagonismo. Decir que en realidad la sociedad está necesariamente dividida es una tesis que nosotros defendimos entendiendo que hay dos modos de considerar la especificidad de *lo político*. Hay una manera que ha sido llamada *la concepción asociativa*, que ve el dominio de lo político como básicamente un campo de consenso, de pluralidad, donde es posible crear un todo armonioso y donde finalmente actuar políticamente es actuar en común, es decir, que lo que tiene que ver con lo político es la acción en común. Y hay otra perspectiva que es la llamada *disociativa* según la cual el campo de la política es el campo del conflicto. Es un campo en el cual no existe la

posibilidad de llegar a un acuerdo perfecto y racional porque siempre va a haber un conflicto, lo que implica una visión distinta del pluralismo, porque es un pluralismo en el que necesariamente se despliegan visiones que chocan. No hay en esta concepción posibilidad de reconciliar todo y por ello justamente la dimensión de lo político tiene que ver con esa lucha. O sea, son dos maneras bien distintas de imaginar el campo de lo político. Y nuestra perspectiva evidentemente se inscribe en el campo de lo disociativo, es por eso que es tan importante el concepto de antagonismo; el reconocimiento de que hay cierto tipo de conflictos que no pueden ser superados y es por eso justamente que hay política, porque si realmente hubiera manera de ponerse todo el mundo de acuerdo, no habría política. Entonces los dos modelos posibles, tanto el agregativo como el deliberativo, se inscriben en una concepción asociativa. En consecuencia, no hay lugar en ellos ni para la hegemonía ni para el antagonismo. Evidentemente, todo nuestro proyecto de lucha contra-hegemónica, de radicalización de la democracia, no habría manera de pensarlo en el marco de estas perspectivas; si uno acepta pensar la democracia, ya sea a partir de un modelo deliberativo o agregativo, no hay manera de plantear esa radicalización de la democracia a través de una lucha hegemónica. Entonces llegué a la conclusión de que había que proponer otra manera de concebir las instituciones democráticas y el modelo agonista es justamente mi respuesta a esta pregunta, mi propuesta concreta. Porque yo hago tres críticas fundamentales a los dos modelos (agregativo y deliberativo): en primer lugar los critico por su racionalismo, en el sentido de que el racionalismo está ligado a la negación del antagonismo; frente al planteo de que siempre hay manera de ponerse de acuerdo, aparece la imposibilidad de reconocer el antagonismo, porque éste es precisamente lo que muestra los límites del acuerdo racional. El otro elemento que también es relevante para la cuestión política es que ambos modelos, aunque de maneras muy distintas, son muy individualistas. Esto se debe a

que no reconocen que en el campo de la política uno siempre se encuentra con sujetos colectivos, pensando todo en términos del individuo; el individuo que actúa por su interés o el individuo que actúa a partir de motivos morales, pero desconocen lo que es específico de la política, los sujetos colectivos. Y en tercer lugar, ligado al segundo, es que no reconocen el papel de las pasiones, el elemento afectivo de la política. Esta característica, para mí, está asociada a su racionalismo; todo lo que tiene que ver con el elemento afectivo, emocional, para ellos tiene que ser eliminado de la política. Y también, lo que no reconocen es que en la creación de esos sujetos colectivos, la dimensión afectiva es fundamental porque cuando yo hablo de pasiones, me refiero a afectos comunes; las pasiones no son cosas individuales en la manera en que yo utilizo el término, sino todo lo que tiene que ver justamente con la creación de sujetos colectivos. Y en el campo de la política, como se trata de reconocer un antagonismo, siempre se da una construcción de un "nosotros/ellos"; porque la política es necesariamente de carácter partisano y, entonces, la política consiste en construir. Insisto sobre esto porque el mundo no es algo que esté dado sino que se va construyendo discursivamente. Pero para construir un "nosotros" siempre hay que determinar un "ellos", y a partir de eso tú puedes entender la lucha contra-hegemónica porque se trata justamente de desarticular un cierto "nosotros" que ha sido establecido, para construir otro "nosotros" y que eso implica evidentemente construir un "ellos" distinto. Entonces, ese modelo agonista justamente consiste en proponer una concepción de las instituciones democráticas que permita entender todo este proceso de las pasiones y de la creación de los intereses colectivos. Y hay otro elemento que también es muy importante en mi reflexión que es la cuestión del antagonismo y la diferencia con el agonismo. Evidentemente, nosotros nos enfrentamos con el problema, con el desafío de responder al interrogante de si es posible introducir la dimensión del antagonismo en una democracia pluralista. Y en

realidad, hay muchos teóricos de distintos bandos que dicen que no; por ejemplo Carl Schmitt dice: *“No. La democracia y el pluralismo no pueden ir juntos porque eso llevaría a la guerra civil”*; entonces, como él quiere defender la idea del antagonismo, niega la posibilidad de una democracia pluralista. Al otro extremo, tú tienes a Habermas que finalmente está de acuerdo con Schmitt sobre el hecho de que antagonismo y democracia pluralista no pueden ir juntos; entonces él simplemente niega el hecho del antagonismo. Entonces para mí el desafío era pensar juntos democracia pluralista y antagonismo; que hay conflictos que no tienen una solución racional y que sin embargo es posible tener una democracia pluralista. Entonces, la solución que yo propongo en el modelo de democracia agonista, es plantear que hay en realidad distintas formas bajo las cuales el antagonismo es posible. Porque insisto, un antagonismo es un conflicto que no puede tener una solución racional, pero puede manifestarse de distintas formas. Se puede manifestar en una forma en la cual los oponentes se tratan sobre la base de una relación amigo-enemigo, es decir considerando que el oponente no tiene ninguna legitimidad y entonces hay que destruirlo, lo que evidentemente no es compatible con la democracia porque eso sí habilitaría una guerra civil. Pero hay otra forma en la cual el antagonismo puede ser puesto en escena, que es lo que llamo “agonismo”. Y en esta perspectiva, la diferencia con el antagonismo es que los oponentes no se consideran como enemigos que hay que destruir; ellos están conscientes de que no hay manera de que se pongan de acuerdo, que es una lucha hegemónica. Pero, sin embargo, reconocen el derecho de los otros a defender su punto de vista y entonces van a encontrar una serie de procedimientos a través de los cuales se va a poder ver quién gana. Si uno acepta eso, por una parte, entonces, se ve que es una perspectiva que reconoce el hecho del antagonismo, que si existen las instituciones que permiten dar forma a ese antagonismo de manera agonista, entonces es compatible con la dinámica de la democracia.

Por eso mi conclusión es que a partir de la perspectiva agonista, el objetivo de la democracia, de las instituciones democráticas, no es encontrar la manera de llegar a un consenso racional, porque eso no puede existir; sino que es crear las instituciones que permitan que cuando el conflicto emerja, entonces, tome una forma agonista de lucha entre adversarios; porque en este caso no se trata de enemigos sino de adversarios y en eso consiste la especificidad del modelo agonista que estoy proponiendo.

G.M. - C.R.F: -En ese sentido, le pediríamos si fuese posible ampliar su crítica a los enfoques agonistas influenciados por la obra de Hannah Arendt y de Friedrich Nietzsche.

C. M.: -Ciertamente hay otros modelos agonistas posibles, no soy la única en presentar este enfoque. Hay otros teóricos, particularmente en los Estados Unidos, que también los proponen, pero debemos destacar que hay grandes diferencias al interior de los modelos agonistas. Lo que tenemos en común es una oposición al modelo deliberativo, es decir, un desacuerdo con la posición de Habermas, pensamos que la política no tiene que ver con el consenso racional. Vale decir que tenemos un punto en común que es una visión distinta de la política; pero también hay diferencias muy importantes que tienen que ver justamente con los elementos a los cuales yo he hecho referencia; el reconocimiento del antagonismo y de la hegemonía. Dentro de las perspectivas agonistas que existen uno puede distinguir entre aquellas están más influenciadas por la obra de Hannah Arendt, y en este caso puedo referirme por ejemplo a Bonnie Honig que es una teórica feminista de los Estados Unidos, y otras que están más influenciadas por la obra de Nietzsche; en este caso uno de los representantes más conocidos es William Connolly que también es un filósofo político de los Estados Unidos. Entonces mi crítica es, de manera muy sintética, que lo que encontramos en esos modelos agonistas es una especie de pluralismo agonista pero sin antagonismo, tanto en la concepción de Arendt como en la manera en la que Connolly reformula a

Nietzsche –que es un poco complicada porque Nietzsche no era particularmente un defensor de la democracia–. De todas maneras, lo que ellos tienen en común es pensar e insistir en la cuestión del pluralismo. Bueno, acá habría que aclarar que Arendt nunca se presentó como una autora agonista pero yo creo que uno puede hacer una lectura agonista de Arendt en el sentido en el cual le da mucha importancia en su reflexión al *agón* griego y entonces eso sí nos permite pensarla en esta línea. Pero si bien Arendt insiste muchísimo sobre la pluralidad –para ella es fundamental en su concepción de la política– es una pluralidad en la cual ella no reconoce que el pluralismo necesariamente tiene una dimensión de antagonismo. Por ejemplo, a mí me parece que eso está muy claro en su libro sobre Kant, donde insiste sobre la importancia de ponerse “en los zapatos del otro”. Para ella esto es la pluralidad, aunque no reconoce que esto no puede darse nunca sin conflictos porque hay algunos puntos de vista que son justamente opuestos; en ese caso tú no puedes mantener tu punto de vista y al mismo tiempo compartir el punto de vista opuesto. Este me parece que es el problema precisamente para quienes inspiran en Arendt sus reflexiones. En el caso de William Connolly –que es finalmente muy parecido a la cuestión de Bonnie Honig– es un poco distinto porque él tiene un concepto que habla de “el respeto agonístico” en el que plantea que justamente la posición agonista consiste en tener mucha tolerancia y respeto con los puntos de vista de los otros. Yo no estoy enteramente de acuerdo con eso porque, evidentemente, si bien la posición agonista de adversarios para mí implica de cierta manera aceptar que los otros puedan defender su punto de vista, hay un límite al respeto agonista. Hay posiciones que uno no puede respetar porque son posiciones que ponen en cuestión toda la base misma del pluralismo. Mejor dicho: finalmente, el campo de la lucha agonista tiene límites, y fuera de ellos existen también enemigos –que no se eliminan–; que son quienes están realmente opuestos a lo que yo llamo “el consenso conflictual”, que es nece-

sario. Al interior de una perspectiva agonista a mi manera, hay evidentemente cierta forma de consenso, porque uno tiene que estar de acuerdo sobre lo que llamo “los principios ético-políticos de la sociedad”, los valores que uno va a poner en juego, que van a organizar nuestra vida porque si no, no puede haber sociedad. Pero siempre va a haber acuerdos y desacuerdos –incluso algunos cuya solución no sea posible– en la manera en la cual se van a interpretar esos valores. Y justamente eso es la lucha agonista. Es esa lucha respecto de interpretaciones en conflicto sobre los valores comunes. Y siempre se puede imaginar que hay gente que no participa de los valores; ellos no son agonistas, son enemigos, y eso es lo que William Connolly no llega a vislumbrar; eso tiene que ver también con la cuestión de la dimensión del antagonismo; el agonismo no elimina el antagonismo; es una manera de domesticar el conflicto. También omite la cuestión de que el orden es hegemónico, y siempre implica exclusiones. Es decir, de alguna manera, lo que esos otros modelos agonistas no quieren aceptar es que el agonismo también implica formas de exclusión; no se trata de un pluralismo completo en el cual toda posición es aceptada, que justamente llega un momento en el cual uno tiene que decir: “hay límites del respeto agonista” y eso es una cosa que no contempla William Connolly. Son formas de agonismo sin antagonismos; esa es mi crítica fundamental. Y otra es que a consecuencia de eso, las posiciones de ellos, no permiten pensar realmente una política democrática porque la política democrática también tiene que ver con los límites del pluralismo: hasta dónde vas a aceptar demandas. La democracia en realidad tiene una lógica de inclusión-exclusión porque para incluir hay también que excluir; es decir: “los límites de la inclusión” y eso es justamente lo que uno no encuentra en esos enfoques agonistas influenciados en Hannah Arendt y en Friedrich Nietzsche.

G.M. - C.R.F: -Teniendo en cuenta los recientes sucesos de crisis de representación política en Europa, ¿cuál cree que son los principales desafíos del futuro de Europa desde su perspectiva agonista?

C.M.: -En la actualidad, en los países europeos definitivamente se habla mucho de la crisis de representación y de una crisis de la democracia representativa; muchos movimientos de protesta como *los indignados españoles* o como los movimientos *occupy* han hecho una crítica muy fuerte a la democracia representativa. Y ha habido representaciones distintas de esos movimientos: algunos dicen que finalmente el problema es con la democracia representativa *per se*; es decir que lo que esos movimientos quieren es una forma completamente nueva de democracia; una democracia no representativa, una democracia que algunos llaman *presentista*. En este caso el planteo va tan lejos al decir que no se trata de reemplazar la democracia representativa por una directa porque la democracia directa es todavía demasiado representativa; lo que se postula es una democracia en acto, una democracia que llaman precisamente *presentista* para diferenciarla de la democracia directa. Aquí el problema es la representación. Para este enfoque *democracia y representación* no son compatibles; la democracia representativa es un *oxímoron*, por lo que la tarea es pensar formas no representativas de la democracia, lo que se plantearía como una solución a nuestra crisis de representación. Yo en *Agonística* critico esas posiciones y propongo otra manera de ver esos movimientos. Evidentemente, hay algunos de ellos que van en contra de la democracia representativa, pero lo que indican esos movimientos es un malestar con la democracia representativa realmente existente –podríamos decir–, con las formas actuales de esa representación, y no con la representación en sí. A lo que apuntan esos movimientos es a la falta de agonismo en la democracia. Y la solución no puede ser una democracia sin representación porque es impensable una democracia sin representación. La manera en la que defendemos esta tesis es a partir de la perspectiva no esencialista a la cual he hecho referencia y que desarrollamos en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, porque si tú aceptas una perspectiva no esencialista, entonces ya te das cuenta de que las identidades no son algo que está dado y que por lo tanto después se

pueden, o no, representar, sino que las identidades no están dadas, se van construyendo y que la construcción de identidades es un proceso de representación. No hay nada que esté dado inmediatamente; por ejemplo, esa democracia presentista, una democracia que esté dada, es una democracia en la cual no habría identidades políticas, porque una identidad política se crea a través de un proceso de representación. Entonces, si tú no tienes representación, no puedes tener identidades políticas y no puedes tener democracia. Por eso yo encuentro que esa idea de democracia sin representación es simplemente impensable teóricamente a partir de una perspectiva realmente discursiva; este es un primer punto. Y entonces digo: “No, el problema actual no es con la representación sino con las formas existentes de la representación y el hecho de que justamente no hay una lucha agonista”. Otra razón por la cual es importante la cuestión de la representación y a partir de eso también la importancia de los partidos políticos, es que si uno reconoce justamente un pluralismo que implica que no hay armonía, si uno piensa el pluralismo no como una cosa armónica sino como una cosa conflictiva, si aceptamos en otras palabras que la sociedad está necesariamente dividida, entonces las instituciones representativas permiten dar forma a esa división de la sociedad, forma que va a ser siempre hegemónica pero que puede ser transformada; es una manera de organizar el pluralismo. El pluralismo tiene que ser organizado políticamente y es a través de la representación que se va a organizar y que se reconoce la división de la sociedad. Por eso es que yo definiendo finalmente los partidos políticos: son importantes porque son la manera en la que se va a organizar el pluralismo, lo que de todos modos no implica que toda forma de partido sea adecuada. Pero la idea misma de una democracia así, que se dé *in actu*, que se dé sin división, sin formas de representación, eso no puede existir. Eso es realmente mi crítica fundamental a la perspectiva que piensa que hay que tener una democracia no representativa; la idea de que puede existir democracia o política sin representa-

ción; eso simplemente no se puede ni pensar teóricamente. La cuestión justamente que acabamos de discutir, es evidente que en Europa, en el mundo occidental –en el que hay que incluir a los Estados Unidos– hay crisis de representación, eso es cierto, y esa crisis está teniendo ya efectos muy negativos porque consiste en el hecho de que la gente no se siente representada, siente que sus intereses no están representados y que ellos no pueden tener voz. Hay un lema de los indignados que a mí me parece muy correcto: “Nosotros tenemos voto, pero no tenemos voz”. Es cierto porque si tú tienes un voto pero que no te permite escoger entre políticas distintas, no tienes voz. Justamente esa crisis de representación que existe en los países europeos, para mí, es una consecuencia de lo que llamo en *En torno a lo político, la situación pospolítica*. Los partidos de izquierda se han movido al centro; ahora se llaman de *centro-izquierda*, pero lo que significa eso es que finalmente han aceptado “el mantra” del neoliberalismo de que no hay alternativa a la globalización neoliberal, y que entonces lo único que pueden hacer, finalmente, la única diferencia que pueden tener respecto de los partidos de centro-derecha, es administrar de una manera un poco más humana esa globalización, con un poquito más de redistribución, pero fundamentalmente no hay una diferencia, no ofrecen una alternativa, un proyecto de sociedad distinto del neoliberal. Y eso para mí es lo que está en el origen de la crisis de representación y eso también es lo que llamo *una falta de lucha agonista*, porque la lucha agonista justamente es una lucha en la cual tú tienes alternativas, es una lucha entre distintas formas de hegemonía; entonces evidentemente para que haya lucha agonista, debe haber a nivel digamos electoral, una oferta tal que los ciudadanos puedan escoger entre proyectos distintos. Pero si no tienen proyectos distintos, entonces sí tienen voto pero no tienen voz porque finalmente es votar por lo mismo. No hay diferencia fundamental entre la centro-derecha/centro-izquierda; entonces no tienen voz. Ese realmente me parece que es el problema fundamental en Europa hoy día, y la

consecuencia de eso es el desarrollo de los partidos populistas de derecha porque son los únicos que están diciendo al pueblo: “Sí hay alternativa, no crean lo que les dicen esos del *establishment*; hay una alternativa; nosotros vamos a darles voz, a recuperar la voz que han perdido”. Y ¿cómo son los únicos? Bueno, afortunadamente eso está empezando a cambiar un poco, pero durante mucho tiempo han sido los únicos que decían “hay alternativa”. Por supuesto han crecido de manera impresionante en las últimas décadas. Entonces decía, afortunadamente ahora, con los movimientos de protesta uno ha visto también una puesta en cuestión de ese consenso al centro que para mí caracteriza a la pospolítica a partir de una perspectiva progresista. En ese sentido, movimientos como *los indignados* o como *occupy*, son un despertar ciudadano que empieza a decir: “No, no queremos ese orden”. En general me parece que hay un problema en la manera en la que se manifiestan en un primer momento porque plantean un rechazo total a la democracia representativa distanciándose de los partidos políticos, postulando la auto-organización de la multitud. Entonces, por eso, llega un punto en el cual finalmente no pueden ir más allá, pero afortunadamente hemos visto recientemente con *Podemos* en España, con *Syriza* en Grecia, otras formas posibles que implican un desafío a las políticas neoliberales y a la hegemonía existente a partir de la oposición de izquierda progresista. De este modo, está claro que en esos países ya se está empezando a romper la perspectiva pospolítica porque hay un debate agonista y hay partidos que realmente ofrecen una alternativa. Ojalá vaya a pasar lo mismo en Gran Bretaña con *Jeremy Corbyn* porque justamente lo que él quiere es romper con ese consenso al centro y que el partido laborista deje de ser un partido de centro-derecha para volverse realmente un partido de lo que llamo *un partido de populismo de izquierda*. Entonces, me parece que así está planteado el desafío; es decir, el problema es justamente la posición pospolítica y el consenso al centro. La manera en la cual se puede contestar a eso es luchar contra el éxito del

partido populista de derecha volviendo a crear una lucha agonista y a proponer alternativas a la hegemonía existente. Eso me parece que uno ve que está empezando; la situación ahora es mejor que hace 2 ó 3 años porque en ese momento tú no tenías estas cosas, sino básicamente los partidos de derecha.

G.M. - C.R.F.: -En Hegemonía y Estrategia Socialista se plantea ya el objetivo de reactivar los proyectos de izquierda que, como Ud. comentaba en la presentación de *Construir Pueblo*, se enfrentan hoy con este escenario de post política en el que se da un desdibujamiento de la frontera izquierda/derecha como divaje fundamental para definir las identidades políticas. Sin embargo, la propuesta apela de algún modo a estas categorías, ya que la lucha agonística está ligada a consolidar una alternativa populista de izquierda. La pregunta entonces sería: No recurrir a esta frontera en el proceso de construcción de las identidades populares que puedan materializar este proyecto; ¿no termina dificultando posteriormente la consolidación de un populismo que se reconozca a sí mismo de izquierda?

C.M.-: -Sí; entiendo lo que querés decir y es una cuestión que vale la pena abordar porque es muy importante. Yo creo que he evolucionado respecto de ese punto; lo que mantengo absolutamente en pie, es la idea de que el problema que tenemos en las sociedades europeas es la falta de un debate agonista y que entonces lo que hay que hacer es justamente reavivar ese debate. En *En torno a lo político*, lo que sostengo es que lo que hay que hacer es luchar contra el desdibujamiento de la frontera izquierda/derecha y reactivarla; lo que en ese momento pensaba o tenía todavía alguna ilusión de que pudiera suceder, era que los partidos socialdemócratas encabezaran esa tarea. Luego, he llegado a la conclusión de que, salvo algunas excepciones como puede ser eventualmente el laborismo, no hay esperanzas de que los partidos socialdemócratas lleguen a desafiar al neoliberalismo, principalmente porque han sido demasiado cómplices en su instauración. De hecho las privatizaciones que han tenido lugar, no solamente en Inglaterra, sino en muchos países, han sido por gobiernos socialistas. En realidad, lo

que a mí me ha hecho tomar conciencia de eso fue la actitud que tuvieron durante la crisis del 2008, porque la crisis habría permitido la configuración de otro escenario si esos partidos hubieran podido decir: “Fíjense que este modelo no es la solución, como se nos presentaba”. Y también es interesante ver que hasta ese momento, el Estado era “el enemigo”; pero en el momento de la crisis empezaron a reconocer la necesidad del Estado, de la ayuda del Estado. Entonces se habría podido asumir el papel fundamental del Estado y utilizar eso para avanzar en políticas más redistributivas; como hizo Franklin Roosevelt con el *New Deal*, pero no lo hicieron. Por el contrario ayudaron a los bancos y después, junto con la derecha, aceptaron las políticas de austeridad dejando en claro que perdieron oportunidad de volverse más radicales. No podían hacerlo en la medida en la cual eran responsables; es como si tú tienes un incendio y es la misma persona la que ha iniciado el fuego, quien luego viene y dice que lo combatirá. Fue allí evidente para mí que ya no había esperanza de que ellos cambien; esos partidos socialdemócratas no podían ser realmente de izquierda. Pero también hay otra razón que es la que me lleva más bien a pensar en términos de populismo de izquierda, que tiene que ver con las consecuencias socioeconómicas y políticas que ha tenido el capitalismo globalizado financiero, biopolítico, postfordista o como se lo quiera llamar, bueno; la nueva forma de capitalismo que corresponde justamente al neoliberalismo. Porque esa distinción derecha-izquierda funciona bien en tanto existe la posibilidad de identificar sectores sociales que tienen intereses bien específicos; en la medida en que se tenía una clase obrera bien estructurada, los partidos de izquierda eran los que defendían sus intereses. Los obreros eran los principalmente afectados por el orden capitalista; mientras que hoy, con este nuevo tipo de capitalismo, hay una cantidad mucho más grande de sectores afectados. Aunque hay marxistas tradicionales que sostienen que la clase obrera se ha extendido, en realidad, hay una enorme heterogeneidad a nivel social,

mucho más que antes, por lo que en verdad se ha visto reducida.

G.M., C.R.F: -Sí; este planteo ustedes lo hacen en Hegemonía también.

C.M.: -Sí, en *Hegemonía* ya lo hacíamos. Lo que ocurre entonces es que no es solamente en tanto que tú trabajas en una fábrica que estás afectado; todos nosotros estamos de alguna manera sometidos por la cuestión de las privatizaciones, con las políticas de austeridad, los recortes. En ese sentido, habiendo una parte muy grande de la población que se ve afectada, yo creo que tiene razón la gente de *Podemos* cuando plantea que hay mucha gente que ha votado por el Partido Popular cuyo apoyo puede ganarse para el proyecto porque aunque no sean obreros, sufren los efectos del sistema. Por lo tanto, en la medida en la que la categoría izquierda/derecha, entendida sociológicamente, se refiere solamente a una parte de la población, me parece que no funciona bien, que hay que pensar en términos más transversales. La posibilidad de crear un “nosotros” tiene que ver justamente con la cuestión de cómo se va a crear la frontera, porque la política siempre tiene que ver con la creación de una frontera entre un “nosotros” y un “ellos”. Y en ese sentido yo sigo completamente los análisis de Ernesto Laclau en *La Razón Populista*; el populismo es una manera específica de crear una frontera; no tiene que ver con contenidos sino con construir la frontera entre abajo y arriba; entre el pueblo y el *establishment*. Yo veo que hoy día en Europa se está desarrollando —es una cosa que hemos entendido con Íñigo Errejón— una situación populista; antes, bajo la hegemonía socialdemócrata tú no tenías esa polarización de la sociedad, no había esa diferencia tan enorme entre la gente que trabajaba y los otros. Ahora se vive en Europa una situación de gran desigualdad entre un grupo muy pequeño de gente muy rica, una real oligarquía y el resto de la población; las clases medias se están pauperizando, se ha creado el proletariado. Hay una brecha mucho más grande entre lo que uno puede llamar “el pueblo” y “la casta”. Eso también me hace pensar que hoy día la tarea ya no

es revivificar la dirección izquierda/derecha en la manera tradicional, sino que para que haya una política agonista, hay que establecer una frontera de tipo populista; el pueblo y el *establishment*. Y eso está ligado también al hecho de que los partidos populistas de derecha ya están creando esa frontera; ellos ya lo están haciendo en términos de pueblo y de *establishment*, por lo que justamente no hay que permitir que ellos tengan éxito en crear un pueblo de derecha; hay que luchar para crear un pueblo, un nosotros en términos de pueblo, pero de izquierda. Eso explica la evolución entre *En torno a lo político* y *Agonística*, la crisis del 2008 que me ha abierto los ojos respecto a algunas cuestiones, y las evoluciones del capitalismo en estos casi 10 años.

G.M. - C.R.F: -¿De qué carecen la política radical y la democracia radical actuales para constituirse en una verdadera alternativa a la hegemonía neoliberal?

C. M.: -Considero que hay dos maneras distintas de concebir la política que podríamos llamar “radical”, es decir, una política progresista de real transformación que no sea simplemente una política de reformismo. Por una parte, está la línea desarrollada por Antonio Negri y Michael Hardt, que ha influenciado muchos movimientos sociales y que defiende la política del éxodo la deserción de las instituciones. Desde esta perspectiva no se debe intentar transformar el Estado ni se plantea la lucha con partidos y con sindicatos; todas las figuras más tradicionales políticas no tienen lugar. Lo que llaman *la multitud* tiene que autoorganizarse, debe justamente salirse de ese mundo institucionalizado e ir creando por fuera otra organización para llegar a lo que ellos llaman *una democracia absoluta*. Un ejemplo de esto podría ser el planteo que corresponde a movimientos como *los indignados*, que no veían posible cambiar las instituciones de raíz y por ende no pretendían dar una disputa a nivel estatal. Esta es una estrategia que no ha llevado nunca a transformaciones importantes. La relevancia del caso de *Podemos* en España, radica en que ha podido advertir los límites de esa estrategia; cuando después de 2 años en los que había habido mucha

efervescencia social, en las elecciones nacionales gana el Partido Popular con mayoría absoluta; entonces fue cuando el grupo que formó *Podemos* se planteó que no podían perderse todas esas luchas, esas reivindicaciones; había que canalizarlas institucionalmente. Decidieron entonces hacer un partido y presentarse a elecciones. Por eso me parece muy importante que haya habido conciencia de la necesidad de involucrarse con las instituciones para transformarlas. Esa es la estrategia que nosotros desarrollamos desde *Hegemonía* siguiendo las teorizaciones de Antonio Gramsci; una tarea de involucramiento con las instituciones es una verdadera “guerra de posiciones” para entrar y meterse en las instituciones con el objetivo de transformarlas; es una lucha hegemónica. Una lucha que, como decía anteriormente, implica cierta desarticulación y rearticulación, proceso que sólo puede llevarse adelante desde dentro de las instituciones. Por eso la estrategia del populismo de izquierda es precisamente una estrategia de involucramiento con las instituciones para cambiarlas. De eso se trata y esa es evidentemente la estrategia de Syriza, la de *Podemos* y la de Jeremy Corbyn. Y esa me parece que es la estrategia que Europa necesita, una estrategia de radicalización de la democracia. Sin embargo, aquí quiero insistir en que si bien todavía sigue siendo válido ese proyecto que desarrollamos hace 30 años, es mucho más difícil hoy día porque cuando el libro fue escrito, estábamos todavía bajo la hegemonía socialdemócrata, en la que se dieron logros significativos; si bien nosotros criticábamos las limitaciones del proceso y queríamos radicalizar esas instituciones, todo el período ligado al Estado de Bienestar fue muy importante en términos sociales. Treinta años después, a través de la hegemonía neoliberal, la mayor parte de los avances logrados en aquel entonces, han sido eliminados. Nos encontramos en una situación mucho peor que hace 30 años. Así que la tarea es, diría yo, primero recuperar la democracia y claro, evidentemente no puede ser una recuperación que nos lleve simplemente de vuelta a la socialdemocracia pre-neoliberalismo.

Porque justamente una de mis tesis es que la victoria del neoliberalismo ha sido posible en parte por las limitaciones de la socialdemocracia; eso fue muy claro en Gran Bretaña, muy claro. Toda la ofensiva de Thatcher pudo ser exitosa por la manera burocrática en la cual estaban implementadas muchas de las medidas positivas de la socialdemocracia; por ejemplo, la gente tenía que hacer unas colas espantosas para ir a recibir su seguro de desempleo y se sentían oprimidos; en realidad el Estado les daba eso pero de una manera tan burocrática que se sentían oprimidos. Por eso Thatcher vino a decir que los liberaría de la opresión del Estado a través de las privatizaciones y la vuelta al mercado, lo que daría a los individuos libertad. Y eso funcionó porque de alguna manera la gente no se sentía identificada con esas cosas que les había dado el Estado de Bienestar; por lo que evidentemente no hay que regresar a eso. Entonces, hay que recuperar pero radicalizando. Es un movimiento doble; recuperar al mismo tiempo que radicalizar; ese me parece realmente que es el camino para Europa.

G.M. - C.R.F: -¿Y en relación a América Latina?

Y en relación a América Latina, yo diría que la situación es distinta en la medida en la que los gobiernos nacionales-populares de los países de América del sur han posibilitado avances mucho más grandes que en Europa en la tarea de desafiar al neoliberalismo. Creo que todavía no han logrado vencerlo, pero sí se ha manifestado abiertamente la voluntad de desafiarlo; no hace falta decir que no se piensa que es el “fin de la historia” y que no hay alternativa. Y si bien se apunta a poner en marcha esas alternativas, no es fácil porque evidentemente se trata de una guerra de posiciones, y en las guerras de posiciones siempre hay avances y retrocesos. Yo creo que hoy día en América Latina se da una situación un poco difícil justamente por dos motivos: uno tiene que ver con el bienestar económico que generaron muchas de las medidas redistributivas que han tenido lugar estos años, que a su vez fueron posibles por la situación económica internacional que favoreció que los precios de

las *commodities* y del petróleo sean muy altos. Ese escenario hoy en día cambió, dificultando su continuidad. Y por otra parte también hay una ofensiva destituyente muy fuerte; uno lo ve particularmente en Venezuela, o en Brasil con Dilma Rousseff; es decir, se ve claramente que las fuerzas de la derecha se dieron cuenta de que no iban a poder derrumbar a esos gobiernos a través de las elecciones, porque esos gobiernos han sido reelegidos por el pueblo. Entonces están empezando a buscar maneras de hacer "golpes blandos", de ver cómo pueden desestabilizarlos. Un buen ejemplo es el tema de la corrupción que, si bien existen casos evidentemente –por cierto, también en la derecha–, se ha vuelto una especie de tema candente que, por ejemplo en el caso de Brasil, se presenta como si todo fuera culpa de Dilma y del PT. Y evidentemente en esas luchas, las derechas de la región están apoyadas por los Estados Unidos y por la CIA; se hizo público a través de *Wikileaks* que están subsidiando a la oposición en Venezuela y me imagino que en Brasil hay algo similar. Entonces sí, hay una ofensiva, es un momento en el cual un poco se tiene que defender lo que se ha adquirido. Sin embargo, de ninguna manera creo yo –contrariamente a lo que dicen muchos teóricos europeos– que es el fin de la década progresista en América Latina. No, es un momento de crisis pero en el que aún puede advertirse un nivel de aceptación bastante grande de estos gobiernos populares. Creo que otro elemento importante es –podríamos decir que es un pequeño problema que puede llegar a ser grande– que se da definitivamente en Ecuador, pero también en Brasil, que es el problema de que esa incorporación de las masas populares se ha hecho fundamentalmente al nivel del consumo; se les ha dado acceso al consumo y se les ha sacado de la pobreza, lo que evidentemente es una cosa muy importante, pero no suficiente. Me parece que han creado consumidores pero no tanto ciudadanos; que hay un trabajo de transformaciones de identidades políticas que no ha sido suficientemente enfatizado, y entonces eso per-

mite que ciertos sectores de la clase media nueva puedan participar en esas tentativas ofensivas desestabilizadoras, destituyentes. Los poderes de derecha son capaces de hegemonizar ciertos de los grupos que en realidad han sido sacados de la miseria por los gobiernos progresistas. Y esta situación está reforzada por el hecho de que las medidas redistributivas, por la crisis que mencionaba antes ya no pueden avanzar. Los sectores incorporados, acostumbrados al nivel de vida alcanzado, naturalmente quieren más, más, más. Entonces allí sí hay un problema y me parece que se tendría que reflexionar sobre la necesidad de llevar adelante un trabajo de concientización, de construir justamente ciudadanos, que es muy importante.

G.M. - C.R.F: -¿Podría adelantarnos en qué problemáticas está reflexionando y si está en el proceso de escritura de un nuevo libro?

C. M.: -Bueno, estoy teniendo interés en trabajar y ahondar más en dos aspectos. Por un lado, profundizar el trabajo sobre la cuestión de las pasiones en política. Ya he estado abordando la temática, que me interesa desde hace muchísimo tiempo y ya presenté en mis libros, pero quisiera desarrollar de manera más sistemática. Y, por otro lado, la cuestión de la representación. Eso es otra cosa que me está interesando mucho; la representación a varios niveles, porque yo tengo un pie también en lo que es la reflexión política y el arte. Me he dado cuenta de que ese rechazo a la representación que encuentro justamente en la política, se ve también mucho en las prácticas artísticas. En teatro, en las *performances*, estoy interesada en tratar de ver qué significa ese movimiento presentista de rechazo a la representación que uno encuentra tanto en el campo político como en el campo artístico. Entonces por una parte la cuestión de la representación y la cuestión de las pasiones son los dos temas que voy a seguir investigando para profundizar más.

G.M. - C.R.F: -Muchísimas gracias, Chantal, por su tiempo y por su generosidad.